

**Dirección general:** Marcela Citterio  
**Dirección editorial:** Verónica Chamorro  
**Diseño de cubierta e interior:** Valeria Miguel Villar  
**Corrección:** Martín Vittón  
**Fotografía del autor:** Luis Zabrana

©Bernardo M. Beccar Varela, 2022  
©The Orlando Books, 2022  
www.theorlandobooks.com

**Primera edición:** junio de 2022

ISBN: 978-987-48545-5-1

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

---

Beccar Varela, Bernardo  
Quemacoche / Bernardo Beccar Varela. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :  
The Orlando Books, 2022.  
248 p. ; 23 x 15 cm.  
ISBN 978-987-48545-5-1  
1. Narrativa Argentina. 2. Literatura. 3. Novelas Policiales. I. Título.  
CDD A863

---

*Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la empresa.*

**Este libro ha sido impreso en papel amigable con el medio ambiente, fabricado 100% a partir de caña de azúcar, 0% fibra de árboles y 0% productos químicos para blanquear.**

Este libro se terminó de imprimir en junio de 2022 en los talleres de Grupo Maori S.A., Av. Bartolomé Mitre 3027 (CP 1605), Munro, Provincia de Buenos Aires.

# QUEMACØCHES

**BERNARDO BECCAR VARELA**



**THE ORLANDO BOOKS**



# 1

Salió del edificio de Tele Más sin saber qué hora era. El cielo estaba despejado pero se veían pocas estrellas; había una oscuridad rara, más bien mezcla de azul y gris. Una brisa fresca y húmeda soplaba desde el río. Ya casi no quedaba gente dando vueltas por el centro. Caminó hacia la Plaza San Martín y bajó hasta Retiro. Había estado todo el día encerrado frente a la computadora y atendiendo el teléfono.

Subió al tren y se sentó contra una ventana. Un hombre de traje y con varios kilos de más se acomodó a su lado. Sintió el calor del contacto. Se puso los auriculares y conectó su dispositivo. Tenía armada una lista de baladas acústicas de sus bandas favoritas, y siempre las escuchaba a la vuelta del trabajo. A su papá no le hubiera gustado esa selección, pero poco le importaba.

De casualidad su compañero de asiento se levantó en San Isidro y ahí reaccionó. Bajaba en la estación siguiente. Caminó hasta su casa apurado. Estaba cansado y tenía hambre. Vivía con su madre en la planta alta de una vieja casa familiar. En la planta baja vivía

su tía, la hermana de su papá. Las dos unidades tenían ingreso independiente y compartían un patio interno.

Apenas entró, su mamá lo interceptó. Llevaba puesta una bata verde agua, pantuflas y el pelo recogido hacia atrás.

—Hola, Diegui, ¿cómo estás? ¿Cómo te fue hoy?

—Son las diez y media, vieja, ¿cómo querés que esté?

Susana entró en su cuarto y volvió a la cocina con un blíster verde. Llenó un vaso de agua y se lo alcanzó. Él ni siquiera se había sacado la mochila de los hombros.

—Tomate dos, Diegui, y pegate una ducha que en cinco minutos te preparo unas milanesas.

—¿Vos salís?

—No sé todavía, viste cómo son las chicas de la pelu.

No se bañó. Solo se cambió el pantalón por un jogging y se sacó los zapatos. Antes de sentarse a la mesa, prendió el televisor.

Sirvió dos milanesas en el plato de vidrio marrón, y recién ahí dejó tranquilo el control remoto. Empezó a comer. De casualidad había dejado en la tele un noticiero que ya estaba terminando.

Daban un informe sobre maltrato animal. Dos policías en Miramar habían atado un perro callejero al patrullero y lo arrastraron por la ruta hasta Mar del Sur. El perro había sobrevivido de milagro, pero en carne viva.

—Parece que al final salgo con las chicas, Diegui —dijo Susana mirando la pantalla de su celular.

Él no contestó. Estaba hipnotizado con el cuadro del perro ensangrentado.

Ya en la cama, escuchó el portazo de la puerta de entrada y los

tacos bajando las escaleras. Antes de apagar el velador, estiró el brazo y manoteó su cuaderno de anotaciones; le gustaba llamarlo así, *cuaderno de anotaciones*, y no un simple diario.

*Dos fósforos encendidos bastaron para prender el tacho de basura plástico de la esquina de casa. Era medianoche. Alguien había tirado una pila de diarios viejos y varias cajas de cartón, que se mezclaban con las bolsas de basura de siempre.*

*Nunca imaginé que el gato de la vecina podía estar hurgando ahí. ¿No es que los gatos son animales limpios? Quizás perseguía una rata u otro bicho.*

*El maullido fue como el grito de un bebé recién nacido. Se escuchó nítido, potente, apenas el fuego se propagó por todo el tacho. Detrás del paraíso de la vereda, vi cómo saltó hacia el asfalto con medio cuerpo en llamas y se lanzó a correr.*

# 4

Decidieron tomar un café en el bar de la terminal. Diego tenía unos minutos antes de su horario de entrada. No hablaron hasta que el mozo les llevó los dos cortados.

—¿Me vas a explicar de qué viene esto? —Diego le dio un mínimo sorbo al café, como para ver si estaba caliente—. No nos vemos hace años, pero parece que me seguís, que también me viste el otro día, no sé...

—Te la hago corta, Cachete —lo interrumpió Martín—. Soy de la banda que quema autos —habló en voz baja.

—¿Qué?

—¿No la conocés? Hace rato que venimos quemando autos por la zona. Cómo no vas a saber. Ya llevamos trece o catorce.

—Sí, boludo —Diego se puso blanco—. Salieron en las noticias.

—El domingo me junté con un compañero de la banda para analizar un objetivo. En la plaza del Comercial. Cuando vimos el humo. Nos acercamos, pero no mucho. No podemos correr ningún riesgo.

# 5

Martín hizo una pausa y tomó un trago de agua del vasito que le habían dejado con el café.

—Estuvo bien, eh. Parece que se cortó la luz por dos días en el barrio. Ja, ja, ja.

—¿Cómo saben que fui yo?, había otra gente también.

—Ay, Diego, era obvio, esos ojos de fascinación se te veían a kilómetros. Ni siquiera te diste cuenta de que seguías con el encendedor en la mano.

Diego bajó la vista y se puso a revolver el resto de café que le quedaba.

—Sigo sin entender.

—Hoy a las seis de la tarde, en la esquina de José Ingenieros y Haedo, en Beccar.

—¿Qué?

—Te van a contactar.

Martín no le dijo mucho más. Solo le contó que no era fácil entrar al grupo. Que había que pasar algunas pruebas, pero que seguro lo iba lograr. Diego lo miraba entre excitado y nervioso. Los dos se quedaron en silencio unos minutos. Pidieron la cuenta.

—Querés entrar, ¿no?

—Sí, claro.

Pasó todo el día en Tele Más pensando en el encuentro de la tarde. Para llegar puntual debía irse unos minutos antes. Le dijo al supervisor que tenía turno en el médico. Se levantó el auricular y se señaló un oído.

—Al otorrino —le aclaró.

Marcelo sacó pecho para mostrar sus pectorales trabajados, juntó las cejas y achinó los ojos en una actitud desafiante.

—Andá pensando cómo vas a compensar.

Diego no le contestó. Agarró su mochila y corrió a la estación.

El viaje de vuelta a zona norte fue un castigo. Después de media hora de espera apareció la formación. La voz del altoparlante anunció que saldría en cinco minutos. Subió haciendo presión y quedó varado en medio de un vagón lleno de gente. Quiso escuchar algo de música para distraerse, pero apenas se movía para agarrar el celular, un tipo gordo y de mameluco lo miraba en forma amenazante. El tren avanzaba en cámara lenta, y en cada estación demoraba un buen rato.

# 6

Se bajó en Beccar a las seis y dos minutos. Corrió las cuatro cuadras por José Ingenieros hasta Haedo. Miró el reloj: seis y cinco. No había nadie. Esperó hasta las seis y veinte. No sabía si su demora había tenido algo que ver o si lo de Martín había sido un invento.

Estaba a punto de ir a su casa cuando, detrás de un camión de recolección de basura, apareció un colectivo de la línea 333. Se detuvo en la esquina para bajar a un pasajero. Diego no se movió de su lugar. Bajó una señora que siguió por Haedo; el colectivo arrancó otra vez. En ese momento, se abrió la última ventana del vehículo y se asomó un brazo. En la mano llevaba un sobre blanco, tamaño carta. Cuando el colectivo estuvo a unos diez o quince metros de la esquina, dejaron caer el sobre. Como si fuera un avioncito de papel, planeó unos metros y cayó junto al cordón. Diego esperó que el colectivo se alejara un poco más y recién ahí corrió hasta el sobre. Miró hacia ambos lados de la calle. Lo levantó y lo guardó debajo del suéter.

Un Peugeot 307, gris plateado; parecía nuevo. Eran dos fotos: una de frente y otra de perfil. Las habían sacado de noche. Se veía el reflejo del flash en los vidrios del auto. Detrás de una de ellas estaba la dirección, “Juan José Díaz 952”, y un horario, “00:00 h / 01:00 h”.

No había nada más en el sobre, pero le pareció claro lo que tenía que hacer. Martín le había dicho que iba a tener que cumplir algunas pruebas, que no era tan sencillo.

Echado en su cama, miraba la foto del Peugeot. ¿De quién sería? La dirección era cerca de su casa, pero del otro lado de las vías.

*Las lenguas de fuego subieron desde la base de madera y la rodearon por completo. Cruzando las vías, hacia el bajo, había varias de esas garitas de seguridad. Cuidaban las casas residenciales que había en ese barrio. Esta estaba vacía desde hacía rato. Se la veía abandonada. Me quedé como hechizado con las llamas. Recién cuando estallaron los vidrios de las ventanitas reaccioné. La chapa del techo se retorció y un humo negro empezó a salir*

*desde adentro. Un auto frenó en la esquina y un tipo empezó a gritarme.  
Corrí como nunca.*

Golpearon la puerta de su cuarto.

—Diegui, la mesa está servida —gritó del otro lado Susana.

—¿Qué hora es?

—Sí, es temprano, pero hoy viene un amigo a tomar algo después de comer.

Susana quiso entrar y movió el picaporte.

—¿Qué estás haciendo, Diego?

—Nada, vieja, ya voy.

—Sabés que no me gusta que te encierres.

—No voy a comer, no tengo hambre.

Sonaron los pasos de Susana atravesando el pasillo y un portazo. Diego se levantó de la cama y se sentó frente al escritorio. Se quedó mirando el reflejo del flash en la foto de perfil. Tenía que pensar cómo iba a prender fuego ese auto.

# 19

Dardo salió de la comisaría alrededor de las cuatro de la mañana. Su cara de fastidio era difícil de disimular.

—Estos canas son unos inútiles —le dijo a uno de sus compañeros apenas entró al destacamento de bomberos.

Se cambió en el vestuario y se despidió de los que todavía quedaban de guardia. La avenida estaba desierta. Unas horas más tarde iba a estar repleta de autos y colectivos. Caminó las ocho cuadras que los separaban de su casa. Faltaba un rato para que amaneciera, pero igual ya se escuchaba el trino de los primeros zorzales. Antes de abrir la puerta se quedó mirando los autos estacionados sobre la calle.

Su casa era de una planta, con techo a dos aguas y tejas españolas. Se trataba de una construcción de por lo menos cincuenta años de antigüedad. El padre la había comprado apenas llegado a Martínez, y después él les había comprado su parte a sus tres hermanos, en la sucesión. Tenía un patio al frente, living comedor, dos cuartos, baño y cocina. Al fondo, otro patio más grande y una parrilla que no se usaba nunca. Vivía solo.



Sin siquiera sacarse la campera, agarró una botella de whisky del aparador y fue a su habitación. En la pared frente a la cama había colgado un pizarrón. Tomó la tiza y, antes de escribir, se quedó mirando la lista, que cada vez se hacía más larga. Repasó todos los autos quemados uno por uno, y agregó al final de la segunda columna: “15: Ford Fiesta, 16: Renault Clio”.

Tomó un trago largo de whisky y sacó de su bolsillo las dos medallitas que había encontrado en los autos. Las lavó, las lustró y después las guardó dentro del frasco de vidrio que tenía sobre la cómoda. Eran iguales a las demás: medallitas de San Benito Abad, todas plateadas y del mismo tamaño. Se tiró en la cama, aunque sabía que no se iba a poder dormir en lo que restaba de la noche.

Desde el día uno supo que la policía no iba a hacer nada. El fuego no era un tema de ellos, lo desprecian como si fuera un tema menor. Para Dardo, en cambio, el fuego era su vida.

En el pizarrón, al costado de la lista, había hecho un gráfico que tenía una equis en el centro rodeada de un círculo, y de ella salían cuatro flechas en distintos sentidos. Al final de cada flecha, otra equis rodeada de otro círculo. La del medio representaba al líder de la banda, toda banda tiene el suyo, y las otras, a su alrededor, a los demás integrantes. Debajo del gráfico había intentado copiar las dos caras de la medallita, la figura del santo por un lado, y la cruz de San Benito, por el otro. En los bordes del pizarrón había escrito la frase: *Cruce Sancta sit mihi lux, non Draco sit mihi dux*. En algún momento iban a dar un paso en falso.

Era la primera vez que quemaban dos autos juntos. ¿Ese dato era importante? Pegó un salto de la cama y agarró la tiza. Unió los últimos dos autos con una llave y escribió la fecha.

Fue a la cocina y se preparó un sándwich de salame y queso. Cuando terminó de comer, lo asaltó la modorra. Se tiró de nuevo en la cama y manoteó de la mesa de luz una de sus *Playboy* viejas. Todavía le gustaban las fotos en el papel. Las preferidas las tenía apiladas al lado del velador. Las demás, guardadas en el ropero. Quiso dormir, pero las imágenes de Nazarena Vélez desnuda y con una pistola en la mano le daban vueltas en la cabeza.

Se despertó con un rayo de sol que atravesaba la persiana. Eran las doce y media del mediodía. Fue al baño y se quedó un par de minutos frente al espejo. Varias canas asomaban en su mota de pelo negro. Se preparó unos mates y se sentó a la mesa del comedor. Los días posteriores a una guardia en el destacamento estaba autorizado para no ir a trabajar. Igualmente, en la Municipalidad pasaba inadvertido. La caja dos del sector Cobranza de Servicios en Mora quedaba cerrada y nadie preguntaba por qué.

Se puso a hojear el libro de los santos que se había comprado en la santería de la calle Belgrano. Ya había leído varias veces la historia de San Benito, pero no encontraba ninguna relación con la quema de los autos. Se entretuvo esta vez con el martirio de otro santo que sí podría tener algo que ver con el fuego. San Lorenzo había sido quemado vivo en una parrilla, leyó interesado. Pero no pudo más que sonreír con las últimas palabras que le adjudican en plena tortura: *Assum est, inquit, versa et manduca*. “Dadme vuelta que por este lado ya estoy hecho.”

**The Orlando Books** surge como una articulación entre pasiones: identificar la semilla de una gran obra y acompañar su proceso creativo hasta llevarla al hogar de quien la disfruta, ya sea en formato libro, audiolibro, ebook, serie o película.

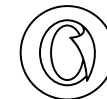
Sumate a nuestra comunidad, donde la lectura es una experiencia que nos une.

**Detrás de todo lo que nos gusta,  
siempre hay una buena historia.**



THEORLANDOBOOKS

[www.theorlandobooks.com](http://www.theorlandobooks.com)



THE ORLANDO BOOKS